**A LA PLATA**

Aquel enjambre humano debía pre­sentar a vuelo de pájaro el aspecto de un basurero. Los sombreros mugrientos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolo­nes oscuros y sebosos, los paraguas apabu­llados, tántos pañuelos y trapajos retumban­tes, eran el guardarropa de un Arlequín. A- nimadísima estaba la feria: era primer do­mingo de mes, y el vecindario todo había a- cudido a renovación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa car­ne que se acarroñaba al resistero, buscaban las moscas donde incubar sus larvas; en los tendidos de cachivaches se agrupaban las muchachas campesinas, sudorosas y sofoca­das, atraídas por la baratija, mientras las magnatas sudaban el quilo, a regateo lim­pio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnice-

ría, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios, mezclado al olor del polvo y al de tánta plebe y negrería, formaban sumados, la hediondez genuina, paladinamente mani­festada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chillido, la reba­tiña vertiginosa de la venduta, componían, sumados también, el baladro de la bestia. Llenaba todo el ámbito del lugarón.

Sonó la campana, y cátate al animal a- placado. Se oyó el silencio, silencio que pa­recía un asueto, una frescura, que traía co­mo ráfagas de limpieza...hasta religiososería ese silencio. Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, a- cabada la prez, reanudóse aquéllo. Pero por un instante sólamente, porque de pronto sintióse el pánico, y la palabra «¡Encierro! > vibró en el aire como preludio de juicio final. Encierro era, en toda regla. Los veinte sol­dados del piquete, que inopinada y repenti­namente acababan de invadir el pueblo, ha­bíanse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, a bayoneta calada. Fue como un ciclón. Desencajados, trémulos, abandonán­dolo todo, se dispararon los hombres y hasta hembras también, a los zaguanes y a la igle­sia. Pobre gente! todo en vano, porque, como

]a amada de Lulio, «ni en la casa de Dios es­tá segura».

De allí sacaron unas decenas. Cayó en­tre los cazados el Caratejo Longas. Lo que no lloró su mujer, la seña Rufa, llorólo a moco tendido María Eduvigis, su hija. Fuése ésta con súplicas al alcalde. A buen puerto arrimaba: cabalmente que al Caratejo no ha­bía riesgo de largarlo. Figúrense! El mayor­domo de Perucho Arcila, el rojo más recal­citrante y más urdemales en cien leguas a la redonda: un picaro, un bandido! Antes no era tánto para todo lo rojo que era el tal Ar­cila.

Ya desahuciado y en el cuartel, llamó el Caratejo a conferencia a su mujer y a su hija, y habló así: «A lo hecho, pecho. Cora­zón con Dios, y peganos del manto de María Santísima. A yo, lo que es matame, no me matan. Allá verán que ni an mal me va. Ello más bien es maluco dejalas como dos áni­mas; pero ai les dejo maiz pa mucho tiempo. Pa desgusanar el ganao del patrón, y pa mantener esas mangas bien limpias, vuste- des lo saben hacer mejor que yo. Sigan con el balance de la güerta y de los quesitos, y métanle a estas placeñas y a las amasadoras los güevos hasta las cachas, y allá verán có-

mo enredamos la pita. Mira, Rufa: si aque­llos muchachos acaban de pagar la condena antes que yo güelva, no los almitás en la casa, de mantenidos. Que se larguen a traba­jar, o a jalale a la vigüela y a las décimas si les da la gana. Y no s’infusquen por eso!... ultimadamente, el Gobierno siempre paga».

Y su voz selvática, encadenada en gru­ñidos, con inflexiones y finales dejativos, ese acento característico de los campesinos de nuestra región oriental, los acompañaba el orador con mil visajes y mímicas de con­vencimiento, y un aire de socarronería y u- nos manoteos y paradas de dedo de una elo­cuencia verdaderamente salvaje. Ayudába­le el carate. Por aquella cara larga, y por cuanto mostraba de aquel cuerpo langaruto y cartilaginoso, lucía el jaspe, con vetas de carey, con placas esmeriladas y nacarinas. Pintoresco forro el de aquella armazón.

Ensartando y ensartando, dirigióse al fin a la hija, y, con un tono y un gesto allá, que encerraban un embuchado de cosas, le dice, dándole una palmadita en el hombro: «Y vos, no te metás de filática con el pa­trón: es muy abierto!»

Culebra brava la tal Eduvigis! Sazo­nado por el sol y el viento de la montaña

era aquel cuerpo, en que no intervinieron ni artificio ni deformación civilizadores; obra premiada de naturaleza. Las caderas, el busto bien alto, la proclamaban futura ma­dre de la titanería laboradora. El cabello, ne­gro, de un negror profundo, se le alborotaba, indomable como una pasión; y en esos ojos había unas promesas, unos rechazos y un misterio, que hicieron empalidecerá más de un rostro masculino. Un toche habría picado aquellos labios como pulpa de guayaba ma­dura; de perro faldero eran los dientes, por entre los cuales asomaba tai cual vez, como para lamer tánta almíbar, una puntita ro­ja y nerviosa. Por este asomo lingüístico de ingénito coquetismo, la regañaba el cura a cada confesión, pero no le valía. Así y todo, mostrábase tan brava y retrechera, que un cierto galancete hubo de llevarse, en alguna memorable ocasión, un sopapo qui ni un trancazo; fuera de que el Caratejo Ja celaba a su modo. El tenía su idea. Tánto que, ape­nas separado de la muchacha se dijo, habla­do y todo y con parado de dedo: «Verán có­mo el patrón le quebranta agora los agallo­nes.»

Y pocos días después partió el Caratejo para la guerra.

Rufa, que se entregó en poco tiempo y por completo al vicio de la separación, cuan­do los dos hijos partieron a presidio, bien podría ahora arrostrar esta otra ausencia, por más que pareciera cosa de viudez. Y tán- to como pudo! Ni las más leves nostalgias conyugales, ni asomos de temor por la vida del marido, ni quebraderos de cabeza por que volara el tiempo y le tornase el bién au­sente, ni nada,vino a interrumpir aquel vien­to de cristiana filosófica indolencia. A vela henchida, gallarda y serenísima, surcaba y surcaba por esos mares de leche. Y eso que en la casa ocurrió algo, y aun algos, por a- quellos días. Pero nó: sus altas atribuciones de vaquera labradora y mayordoma de fin­ca, en que dió rumbo a sus actividades y empleo a la potencia judaica que hervía en su carácter, no le daban tiempo ni lugar pa­ra embelecos y enredos de otro orden. Lo que es tener oficio!...

Hembra de canela e inventora de dine­ros era la tal Rufa Chaverra. Arcila decla­róla luégo espejo de administradoras. Ella se iba por esas mangas, y, a güinchazo lim­pio, extirpaba cuanta malecilla o yerbajo intruso asomase la cabeza. Con sapientísima oportunidad salaba y ponía el fierro a aquel

ganado, cuyo idioma parecía conocer, y a quien hacía los más expresivos reclamos, bien fuese colectiva o individualmente, ya con bramido bronco, igual que una vaca, si era a res mayor, ahora melindroso, si se tra­taba de parvulillos; y siempre con el nom­bre depila, sin que la «Chapola» se le confun­diese con la «Cachipanda,» ni el «Careperro» con el «Mancoreto\*. Hasta medio albéitara resultaba, en ocasiones. Mano de ángel po­seía para desgusanar, hacer los untos y so­baduras, y gran experiencia y fortuna en a- plicar menjurjes por dentro y por fuera. La vaca más descastada y botacrías no se la ju­gaba a Rufa; que ella, juzgando por el volu­men y otras apariencias,de la proximidad del asunto, ponía ala taimada, en el corral,por la noche; y, si alguna vez se necesitaba un poco de obstetricia, allí estaba ella para el caso. En punto a echar argollas a los cerdos más bravios, y de hacer de un ternero algo me­nos ofensivo, allá se las habría con cual­quier itagüiseflo del oficio. Iniciada estaba en los misterios del harem, y cuando al re­buzno del pachá respondían eróticos relin­chos, ella sabía si eran del caso o no eran i- dilios a puerta cerrada, y cuál la odalisca que debía ir al tálamo. Porque sí o porque

nó. nunca dejaba de apostrofar al progeni­tor aquél con algo así: «¡Ah taita! como no tenés más oficio que jartar, siempre estás dispuesto pa la vagamundería!»

Si tan facultativa y habilidosa era para manejar lo ajeno, cuánto y más no sería pa­ra lo propio. Ni se diga de los gajes con la leche que le correspondía, ni de los produc­tos del gallinero, ni de esa huerta donde los mafafales alternaban con la hachira, los repo­llos con las pepineras, las Vitorias con las auyamas.

Pues resultó que todo estuvo a pique de perderse. Del huracán que ahora corre, lle­garon ráfagas hasta la montañesa. Supo que unas amigas y comadres mazamorreaban orillas de La Cristalina, riachuelo que corre obra de dos millas de la casa de Arcila. Lo mismo fue saber que embelecarse. So pre­texto de buscar un cerdo que diz que se le había remontado, fuésea las lavadoras de oro, y con la labia y el disimulo del mundo, les sonsacó todas las mañas y particulari­dades del oficio. Ese mismo día se hizo a ba­tea, y viérais a la rolliza campesina, con las sayas anudadas a guisa de bragas, zambu­llida hasta el muslo, garridamente repecha­da, haciéndole bailar a la batea la danza del

oro con la siniestra mano, mientras que con la diestra iba chorreando el agua sobre la fi­na arena, donde asomaban los ruedos oscuros de la jagua. Al domingo siguiente cambió el oro, y cuál se le ensancharía el cuajo cuando tuvo amarrados, a pico de pañuelo, treinta y seis reales de un boleo.

Dada a la minería pasara su vida ente­ra, a no ser por un cólico que la retuvo en cama varios días, y que le repitió más violen­to al volver al oficio. Mas no cedió en su pro­pósito; mandó entonces a la Eduvigis, a quien le sentaron muy bien las aguas de La Cristalina. Mientras la hija pasaba de sol a sol en la mazamorrería, la madre cargaba con todo el brete de la finca. Y tan campan­tes y satisfechas!...

Más rastro deja en un espejo la imagen reflejada, que en el ánimo de Rufa las noti­cias sobre la guerra, que oía en el pueblo los domingos y los dos días de semana en que iba a sus ventas. Lo que fue del Caratejo, no llegó a preocuparse hasta el grado de inda­gar por el lugar de su paradero. Bien con­firmaba esta esposa que las ternuras y blan- dicies de alma son necesidades de los blan­cos de la ciudad, y un lujo superfluo para el pobre campesino.

Envueltos en la niebla, arrebujados y borrosos, mostrábanse riscos y praderas; la casa de la finca semejaba un esbozo de pai­saje a dos tintas; a trechos se percibían los vallados y chambas de la huerta, las aristas del techo, el alto andamio del gallinero; sólo alcanzaban a dastacarse con alguna preci­sión los cuernos del ganado, rígidos y oscu­ros, rompiendo esas vaguedades, cual la no­ción del diablo la bruma de una mente infan­til. A la quejumbrosa melodía de los recen­tales, acorralados y ateridos, contestaban desde afuéralos bajos profundos y cariñosos de las madres, mientras que Rufa y Eduvi- gis renegaban, si Dios tenía qué, en las bre­gas y afanes del ordeño. Eduvigis, en cu­clillas, remangada hasta las axilas, cubierta la cabeza con enorme pañuelo de pintajos, hacía saltar de una ubre al cuenco amarillen­to de la cuyabra, el chorro hum eante y caden­cioso. Un hálito de vida, de salud, se exhala­ba de aquel fondo espumoso. Casi colmaba la vasija, cuando un grito agudo, prolongado adrede, rasgó la densidad de esa atmósfera. La moza se suspende; el grito se repite más agudo todavía. «Mi taita!» exclama la Edu­vigis, y sin pensar en leches ni en ordeños, corre alebrestada chamba abajo.

No se engañaba. Buen Amigo, que sí lo era en efecto, descolgóse a saltos, lengua a- fuera, la cola en alboroto. Impasible, la señá Rufa permaneció en su puesto. Apoco llegó­se el Caratejo con el perro, que quería enca­ramársele a los hombros. Marido y mujer se avistaron. Nada de culto externo ni de pe­rrerías en aquel saludo. Dijérase que acaba­ban de separarse.

—Y qué es lo que hay pal viejo?—dice Longas por toda efusión.

Y Rufa, plantificada, totuma en mano, con soberano desentendimiento, contesta:

—Y eso qué contiene, pues?

—Pues que anoche llegámos al sitio, y que el fefe me dió licencia pa venir a velas, porque mañana go esta tarde seguimos pa La Villa. •

Facha peregrina la de este hijo de Mar­te. El sombrero hiperbólico de caña abiga­rrada, el vestido mugriento de coleta, los golpes rojos y desteñidos del cuello y de los puños, los pantalones holgados y caídos por las posas y que más parecían de seminaris­ta, dignos eran de cubrir aquel cuerpo lar­go y desgavilado. Ni las escaseces, ni las in­temperies, ni las fatigas de campaña, habían alterado en lo mínimo al mayordomo de Ar-

cila. Tan feo volvía y tan caratejo como se fue. Por morral llevaba una jiquera algo más que preñada; por faja, una chuspa ocul­ta, y no vacía.

Rufa sigue ordeñando. Toma Longas la palabra.

—Pues, pa que lo viás. Ya lo ves- que nada me sucedió. Los que no murie­ron de bala, se templaron de tánta plaga y de tánta mortecina de cristiano, y yó...ai con con mi carate: la cáscara guarda el palo!

Y aquí siguió un relato bélico autobio­gráfico, con algo más de largas que de cor­tas, como es usanza en tales casos. Rufa pa­recía un tanto cohibida y preocupada.

—¿Y ontá la Eduvigis?—dice de pronto el marido, cortando la narración.

—Pes ella... pes ella... puai cogió cham­ba abajo, izque porque la vas a matar.

—A matala? Y por qué gracia?

—Pes... ella... no salió, pues, con un embeleco de muchacho?...

—De muchacho?—prorrumpe el cons­cripto,abriendo tamaños ojos, ojos donde pa­reció asomar un fulgor de triunfo.—Conque, muchacho? Y pu’eso s’esconde esa pendeja? Y ontá el muchacho?

—Ai no’stá, pues, en la maca?

—Andá llámame a esa boba.

Y, tirando corredor adentro, se coló al cuartucho. Debajo de la cama, pendiente de unos rejos, oscilaba la batea. Envuelto en pingajos de colores verdosos y alterados, dormía el angelito. No pudo resistir el abue­lo a la fuerza de la sangre, ni menos al em\* puje de un orgulllo repentino que le borbo­tó en las entrañas. Sacó de la batea la cria­tura, que al despertar y ver aquella cara tan fea y tan extraña, puso el grito en el cielo. Era José Dolores Longas un rollete de man­teca, mofletudo y cariacontecido; las ma­nos, unas manoplas; las muñecas, como es­tranguladas con cuerda, a modo de morcilla; las piernas, tronchas y exuberantes, más huevos de arracacha que carne humana: u- na figura eclesiástica, casi episcopal. Iba a quebrarse con los berridos que lanzaba: cui­dado si había pulmones! El soldado lo cogió en los brazos, haciéndole zarándeos, por vía de arrullo. Abrazaba su fortuna: en aquel vástago veía el Caratejo horizontes azules y rosados, de dicha y prosperidad: El predio cercano, su sueño dorado, era suyo; suyas unas decenas de vacas; suyo el par de mulé- tos y los aparejos de la arriería; y quién sa­be si la casa, esa casa tan amplia y espacio-

sa, no sería suya pasado corto tiempo? El patrón era tan abierto!... Calmóse un tanto el monigote. Escrutólo el Caratejo de una ojeada, y se dijo: «Igualito al taita!»

Entretanto, Rufa gritaba desde la man­ga: «Que vengás a tu taita que no está na­da bravo! Que no sias caraja! Subí Duvigis, que siempre lo habís de ver!»

La muchacha, más muerta que viva, a pesar de la promesa, subía por la chamba, minutos después. Pálida por el susto, pare­cía más hermosa y escultural. Levantó la mirada hacia la casa, y vió a su padre en el corredor, con el niño en brazos. A paso re­celoso llégase a él; arrodíllase a las plantas y murmura:

—Sacramento del altar, taita!

Ycon la diestra carateja, le rayó la ben­dición el padre, no sin sus miajas de unción y de solemnidad. Mandóla luégo la madre a la cocina a preparar el agasajo para el viajero, y Rufa, que ya en ese momento había ter­minado sus faenas perentorias, tomó al nieto en su regazo, y se preparó al interrogatorio que se le venía encima.

—Bueno—principia el marido,—y el pa­trón siempre le habrá dejao a la muchacha... por lo menos sus tres vacas, y le habrá dao

mucha plata pa los gastos?

—Eh!—replica Rufa—Usté por qué ha determina© que fue don Perucho?

—Qué no fue el patrón?—salta el Cara- tejo desfigurándose.

—Si fue Simplicio, el hijo de la dijunta Jerónima!...

—Ese tuntuniento!...—vocifera el des­honrado padre. Un muertodihambre que no tiene un Cristo en qué morir!... Y vos, so al­mártaga, pa qué consentites esos enredos?

La cara se le desencajó; le temblaban los labios como si tuviera tercianas. <Yo mato a esa arrastrada, a esa sinvergüenza». Y, atontado y frenético, se lanza a la cocina, agarra una astilla de leña, y a cada golpe escupe sobre la hija un insulto, una desver­güenza, una bajeza. Cuando la infeliz yacía por tierra, convulsa y sollozante, arrimóle Longas formidable puntapié, y exclamó tar­tajoso: «Te largás... ahora mismo... con tu muchacho...que yo no voy a mantener aquí vagamundas!»

Y salió disparado, camino del pueblo, como huyendo de su propia deshonra.

FIN

(para hombres solos)

Aquel enjambre humano debía presentar a vuelo de pá­jaro el aspecto de un basurero. Los sombreros mugrien­tos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolones os­curos y sebosos, los paraguas apabullados, tantos pañue­los y trapajos retumbantes eran el guardarropa de un Ar­lequín. Animadísima estaba la feria: era primer domin­go de mes, y el vecindario todo había acudido a reno­vación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa carne que se acarroñaba al resisterio, bus­caban las moscas donde incubar sus larvas; en los tendi­dos de cachivaches se agrupaban las muchachas cam­pesinas, sudorosas, y sofocadas atraídas por la baratija, mientras las magnatas sudaban el quilo, a regateo limpio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnicería, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios, mezclado al olor del polvo y al de tánta plebe y negrería, formaban, sumados, la hediondez genuina, paladinamente manifestada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chillido, la rebatiña vertiginosa de la venduta componían, sumados también, el baladro de la bestia. Llenaba todo el ámbi­to del lugarón.--

Sonó la campana, y cátate al animal aplacado. Se oyó el silencio, silencio que parecía un asueto, una frescura, que traía como ráfagas de limpieza... hasta religioso sería ese silencio.» Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, acabada la prez, reanu-# dóse aquello. Pero por un instante solamente, porque, de pronto, sintióse el pánico, y la palabra “encierro!” tyibró en el aire como preludio de juicio final. Encierro era, en toda regla. Los veinte soldados del piquete que inopina­da y repentinamente abababan de invadir el pueblo, ha- bíanse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, \* bayoneta calada. Fue como un ciclón. Desencajados, tre-

(para hombres solos)

Aquel enjambre humano debía presentar a vuelo de pá­jaro el aspecto de un basurero. Los sombreros mugrien­tos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolones os­curos y sebosos, los paraguas apabullados, tántos pañue­los y trapajos retumbantes eran el guardarropa de un Ar­lequín. Animadísima estaba la feria: era primer domin­go de mes, y el vecindario todo había acudido a reno­vación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa carne que se acarroñaba al resisterio, bus­caban las moscas donde incubar sus larvas; en los tendi­dos de cachivaches se agrupaban las muchachas cam­pesinas, sudorosas, y sofocadas atraídas por la baratija, mientras las magnatas sudaban el quilo, a regateo limpio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnicería, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios, mezclado al olor del polvo y al de tánta plebe y negrería, formaban, sumados, la hediondez genuina, paladinamente manifestada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chillido, la rebatiña vertiginosa de la venduta componían, sumados también, el baladro de la bestia. Llenaba todo el ámbi­to del lugaróiiA

Sonó la campana, y cátate al animal aplacado. Se oyó el silencio, silencio que parecía un asueto, una frescura, que traía como ráfagas de limpieza... hasta religioso sería ese silencio? Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, acabada la prez, reanu-’H dóse aquello. Pero por un instante solamente, porque, de pronto, sintióse el pánico, y la palabra “encierro!” lyibró en el aire como preludio de juicio final. Encierro era, en toda regla. Los veinte soldados del piquete que inopina­da y repentinamente abababan de invadir el pueblo, ha- bíanse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, a bayoneta calada. Fue como un ciclón. Desencajados, tré-

(para hombres solos)

Aquel enjambre humano debía presentar a vuelo de pá­jaro el aspecto de un basurero. Los sombreros mugrien­tos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolones os­curos y sebosos, los paraguas apabullados, tantos pañue­los y trapajos retumbantes eran el guardarropa de un Ar­lequín. Animadísima estaba la feria: era primer domin­go de mes, y el vecindario todo había acudido a reno­vación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa carne que se acarroñaba al resisterio, bus­caban las moscas donde incubar sus larvas; en los tendi­dos de cachivaches se agrupaban las muchachas cam­pesinas, sudorosas, y sofocadas atraídas por la baratija, mientras las magnatas sudaban el quilo, a regateo limpio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnicería, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios, mezclado al olor del polvo y al de tanta plebe y negrería, formaban, sumados, la hediondez genuina, paladinamente manifestada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chillido, la rebatiña vertiginosa de la venduta componían, sumados también, el baladro de la bestia. Llenaba todo el ámbi­to del lugarón>

Sonó la campana, y cátate al animal aplacado. Se oyó el silencio, silencio que parecía un asueto, una frescura, que traía como ráfagas de limpieza... hasta religioso sería ese silencio.» Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, acabada la prez, reanu-^ dóse aquello. Pero por un instante solamente, porque, de pronto, sintióse el pánico, y la palabra “encierro!”'.vibró en el aire como preludio de juicio final»’ Encierro era, en toda regla. Los veinte soldados del piquete que inopina­da y repentinamente abababan de invadir el pueblo, ha­bíanse repartido por las cuatro esquinas de la plaza, a bayoneta calada. Fue como un ciclón. Desencajados, tré-

bro: “Y vos, no te metás de filática con el patrón: ¡es ■: muy abierto!”.

¡Culebra brava la tal Eduvigis! Sazonado por el sol y el viento de la montaña, era aquel cuerpo, en que no intervinieron ni artificio ni deformación civilizadores, obra premiada de naturaleza. Las caderas, el busto bien alto, la proclamaban futura madre de la *titanería laboradora.* El cabello, negro, de un negror profundo, se le alboro­taba, indomable como una pasión; y en esos ojos había unas promesas, unos rechazos y un misterio que hicieron empalidecer más de un rostro masculino. Un toche ha­bría picado aquellos labios como pulpa de guayaba madu­ra; de perro faldero eran los dientes, por entre los cua- r les asomaba tal cual vez, como para lamer tánta almíbar, una puntita roja y nerviosa. Por este asomo lingüístico de ingénito coquetismo, la regañaba el cura a cada confe­sión, pero no le valía. Así y todo, mostrábase tan brava

K y retrechera, que un cierto galancete hubo de llevarse, en alguna memorable ocasión, un sopapo que ni un tran- A cazo. Fuera de que el caratejo la celaba a su modo. El tenía su idea. Tánto, que, apenas separado de la mu­chacha, se dijo, hablado y todo y con parado de dedo: “Verán cómo el patrón le quebranta agora los agallones”.

Y pocos días después partió el caratejo para la guerra.

Rufa, que se entregó en poco tiempo y por completo al vicio de la separación, cuando los dos hijos partieron a presidio, bien podría ahora arrostrar esta otra ausencia, por más que pareciera cosa de viudez. ¡Y tánto como pu­do! Ni las más leves nostalgias conyugales, ni asomos de temor por la vida del marido, ni quebraderos de cabeza porque volara el tiempo y le tornase el bien ausente, ni nada vino a interrumpir aquel viento de cristiana filo­sófica indolencia. A vela henchida, gallarda y serenísima, surcaba y surcaba por esos mares de leche. Y eso que 1 en la casa ocurrió algo, y aun algos, por aquellos días- Pero nó: sus altas atribuciones de vaquera, labradora y mayordoma de finca, en que dio rumbo a sus activida­des y empleo a la potencia judaica que hervía en su carácter, no le daban tiempo ni lugar para embelecos y enredos de otro orden. ¡Lo que es tener oficio!

Hembra de c Rufa Chavería, tr ador as. Ella se pió, extirpaba c se la cabeza. C nía el fierro a cer, y a quien fuese colectiva co —igual que i drosa, si se tra1 bre de pila, sin *Cachipanda,* ni medio albéitarí poseía para de gran experienc: tro y por fuer: se la jugaba a otras aparienci la taimada en necesitaba un caso. En punt víos, y de hac se las habría c estaba en los del pachá re: **eran del caso la odalisca qu nó, nunca dej** algo así: “¡Ah siempre estás

Si tan facul no, cuánto y los gajes con ductos del ga les alternaban ras, las vitori **Pues resulte huracán que tañes a. Supo** ban orillas de dos millas de embelecarse. ¡ se le había re

Hembra de canela e inventora de dineros era la tal Rufa Chaverra. Arcila declaróla luégo espejo de adminis­tradoras. Ella se iba por esas mangas, y, a güinchazo lim­pio, extirpaba cuanta malecilla o yerbajo intruso asoma­se la cabeza. Con sapientísima oportunidad salaba y po­nía el fierro a aquel ganado, cuyo idioma parecía cono­cer, y a quien hacía los más expresivos reclamos, bien fuese colectiva o individualmente, ya con bramido bron­co —igual que una vaca—, si era a res mayor, ahora melin­drosa, si se trataba de parvulillos; y siempre con el nom­bre de pila, sin que *La Chapola* se le confundiese con *La Cachipanda,* ni *El Careperro* con *El Mancoreto.* Hasta medio albéitara resultaba, en ocasiones. Mano de ángel poseía para desgusanar, hacer los untos y sobaduras, y gran experiencia y fortuna en aplicar menjurjes por den­tro y por fuera. La vaca más descastada y botacrías no se la jugaba a Rufa, que ella, juzgando por el volumen y otras apariencias de la proximidad del asunto, ponía a la taimada en el corral por la noche, y, si alguna vez se necesitaba un poco de obstetricia, allí estaba ella para el caso. En punto a echar argollas a los cerdos más bra­vios, y de hacer de un ternero algo menos ofensivo, allá se las habría con cualquier itagüiseño del oficio. Iniciada estaba en los misterios del harem, y, cuando al rebuzno del pachá respondían eróticos relinchos, ella sabía si eran del caso o no eran idilios a puerta cerrada, y cuál la odalisca que debía ir al tálamo. Porque sí o porque nó, nunca dejaba de apostrofar al progenitor aquel con algo así: “¡Ah taita! como no tenés más oficio que jartar, siempre estás dispuesto pa la vagamundería!”.

Si tan facultativa y habilidosa era para manejar lo aje­no, cuánto y más no sería para lo propio. Ni se diga de los gajes con la leche que le correspondía; ni de los pro­ductos del gallinero; ni de esa huerta donde los mafafa- les alternaban con la achira, los repollos con las pepine- ras, las Vitorias con las auyamas.

Pues resultó que todo estuvo a pique de perderse. Del huracán que ahora corre, llegaron ráfagas hasta la mon­tañesa. Supo que unas amigas y comadres mazamorrea- ban orillas de *La Cristalina,* riachuelo que corre obra de dos millas de la casa de Arcila. Lo mismo fue saber que embelecarse. So pretexto de buscar un cerdo que diz que se le había remontado, fuese a las lavadoras de oro, y con

humeante y cadencioso. Un hálito de vida, de salud, se exhalaba de aquel fondo espumoso. Casi colmaba la va­sija cuando un grito agudo, prolongado adrede, rasgó la densidad de esa atmósfera. La moza se suspende; el gri­to se repite más agudo todavía. “¡Mi taita!”, exclama la Eduvigis, y sin pensar en leches ni en ordeños, corre ale­brestada chamba abajo.

No se engañaba. *Buen amigo,* que sí ló era en efecto, descolgóse a saltos, lengua afuera, la cola en alboroto. Im­pasible, la señá Rufa permaneció en su puesto. A poco lle­góse el caratejo con el perro, que quería encaramársele a los hombros. Marido y mujer se avistaron. Nada de culto externo ni de perrerías en aquel saludo. Dijérase que acababan de separarse.

—¿Y qué es lo que hay p’al viejo? —dice Longas por toda efusión.

Y Rufa, planificada, totuma en mano, con soberano desentimiento, contesta:

—¿Y eso qué contiene, pues?

—Pues que anoche llegamos al sitio, y que el Fefe me dio licencia pa venir a velas, porque mañana go esta tarde seguimos pa la Villa.

Facha peregrina la de este hijo de Marte. El sombre­ro hiperbólico de caña abigarrada, el vestido mugriento de coleta, los golpes rojos y desteñidos del cuello y de los puños, los pantalones holgados y caídos por las posas y que más parecían de seminarista, dignos eran de cubrir aquel cuerpo largo y desgavilado. Ni las escaseces, ni las intemperies, ni las fatigas de campaña, habían altera­do en lo mínimo al mayordomo de Arcila. Tan feo vol­vía y tan caratejo como se fue. Por morral llevaba una jiquera algo más que preñada; por faja una chuspa ocul­ta, y no vacía.

Rufa sigue ordeñando. Toma Longas la palabra.

—Pues, pa que lo viás. Ya lo ves que nada me sucedió. Los que no murieron de bala, se templaron de tánta pla­ga y de tánta mortecina de cristiano, y yo ai con mi cara- te: ¡la cáscara guarda el palo!

Y aquí siguió un relato bélico autobiográfico, con algo ^ás de largas que de cortas, como es usanza en tales ca­sos. Rufa parecía un tanto cohibida y preocupada.

—¿Y ontá la Duvigis? —dice de pronto el marido, cor­tando la narración.

—Pes ella... pes ella... poai cogió chamba abajo, iz- que porque vos la vas a matar.

—¡A matala? ¿Y por qué gracia?

—Pes... ella... ¿no salió, pues, con un embeleco de muchacho?

— ¡De muchacho? —prorrumpe el conscripto, abriendo tamaños ojos, ojos donde pareció asomar un fulgor de triunfo—. ¿Conque, muchacho? ¿Y pueso se esconde esa pendeja? ¿Y ontá el muchacho?

—¿Ai no está, pues, en la maca?

—Andá llamáme a esa boba.

Y tirando corredor adentro, se coló al cuartucho. De­

bajo de la cama, pendiente de unos rejos, oscilaba la ba­tea. Envuelto en pingajos de colores verdosos y alterados, dormía el angelito. No pudo resistir el abuelo a la fuerza de la sangre, ni menos al empuje de un orgullo repen­tino que le borbotó en las entrañas. Sacó de la batea la criatura, quien al despertar y ver aquella cara tan fea y tan extraña, puso el grito en el cielo. Era José Dolores Longas un rollete de manteca, mofletudo y cariaconteci­do; las manos, unas manoplas; las muñecas, como estran­guladas con cuerda, a modo de morcilla; las piernas, tronchas y exuberantes, más huevos de arracacha que carne humana: una figura eclesiástica, casi episcopal. Iba a quebrarse con los berridos que lanzaba: ¡cuidado si

había pulmones! El soldado lo cogió en los brazos, ha­ciéndole zarándeos, por vía de arrullo. Abrazaba su for­

tuna: en aquel vástago veía el caratejo horizontes azu­les y rosados de dicha y prosperidad. El predio cerca­

no, su sueño dorado, era suyo; suyas unas decenas de va­cas; suyo el par de muletos y los aparejos de la arriería; y ¿quién sabe si la casa, esa casa tan amplia y espaciosa, no sería suya pasado corto tiempo? ¡El patrón era tan abierto! ¡tan abierto! Calmóse un tanto el monigote. Es­crutólo el caratejo de una ojeada, y se dijo: “Igualito al taita!”.

Entretanto, Rufa gritaba desde la manga: “¡Que ven- gás a tu taita que no está nada bravo! Que no sias caraja! ¡Subí, Duvigis, que siempre lo habís de ver!”.

La muchacha, mas muerta que viva, a pesar de la promesa, subía por la chamba minutos después. Pálida

por el susto, parecía más hermosa y escultural. Levantó la mirada hacia la casa, y vio a su padre en el corredor con el niño en brazos. A paso receloso llégase a él; arrodíllasele a las plantas y murmura:

—¡Sacramento del altar, taita!

Y con la diestra carateja, le rayó la bendición el pa­dre, no sin sus miajas de unción y de solemnidad. Man­dóla luego la madre a la cocina a preparar el agasajo pa­ra el viajero, y Rufa, que ya en ese momento había ter- minado sus faenas perentorias, tomó al nieto en su re­gazo, y se preparó al interrogatorio que se le venía en­cima.

—Bueno —principia el marido—, y el patrón siempre le habrá dejao a la muchacha... por lo menos sus tres va­cas, y le habrá dao mucha plata pa to los gastos?

—¡Eh! —replica Rufa—. Usté por qué ha determinao que fue don Perucho?

—¿Qué no fue el patrón? —salta el caratejo desfigurán­dose.

(—Si fue Simplicio, el hijo de la di junta Jerónima.

—¡Ese tuntuniento!... —vocifera el deshonrado pa­dre—. ¡Un muertodihambre que no tiene un cristo’ en qué morir! ¿Y vos, so almártaga, pa qué consentites esos en­redos?

La cara se le desencajó, le temblaban los labios como si tuviera tercianas. “Yo mato a esa arrastrada, a esa sin­vergüenza!”. Y, atontado y frenético, se lanza a la cocina, agarra una astilla de leña, y a cada golpe escupe sobre la hija un insulto, una desvergüenza, una bajeza. Cuando la infeliz yacía por tierra, convulsa y sollozante, arrimóle Longas formidable puntapié, y exclamó tartajoso: “¡Te largás... ahora mismo... con tu muchacho... que yo no voy a mantener aquí vagamundas!”.

Y salió disparado, camino del pueblo, como huyendo de su propia deshonra.

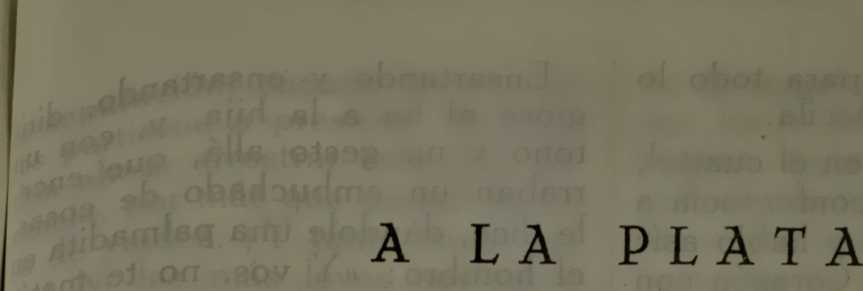
“««cía; m 1 .mundo, ;

desvaneció 1 su fin muy ena; antes ‘enidad. ¡^ ar su mata

0 el dueño na malvada 1 Poner ese r el cuarto 1 sacaba al Ld la echa- ‘ y SUS co-

ir’ ®¡n que mata. Por )re y arre­dra cacha- a todo a la uiebles en- ia se des- ncope. De jspital. En a frente a de triunfo Y al ama- cae para

nita de la



AQUEL enjambre humano debía presentar a vuelo de pájaro el aspecto de un basurero.

Los sombreros mugrientos, los forros encarnados de las ruanas, los pañolones oscuros y sebosos, los paraguas apabullados, tantos pañuelos y trapajos retumbantes, eran el guardarropa de un Arle­quín. Animadísima estaba la fe­ria : era primer domingo de mes, y el vecindario todo había acudi­do a renovación. Destellaba un sol de justicia; en las tasajeras de carne, de esa carne que se acarroñaba al resistero, buscaban las moscas donde incubar sus lar­vas ; en los tendidos de cachiva­ches se agrupaban las muchachas campesinas, sudorosas y sofoca­das, atraídas por la baratija, mien­tras las magnatas sudaban el qui­lo, a regateo limpio, entre los puestos de granos, legumbres y panela. Ese olor de despensa, de carnicería, de transpiración de gentes, de guiñapos sucios, mez­clado al olor del polvo y al de tan­ta plebe y negrería, formaban su­mados, la hediondez genuína, pa­ladinamente manifestada, de la humanidad. Los altercados, los diálogos, las carcajadas, el chi­llido, la rebatiña vertiginosa de la venduta, componían, sumados también, el balandro de la bestia. Llenaba todo el ámbito del Juga­ron.

Sonó la campana, y cátate al animal aplacado. Se oyó el silen- ¡

ció, silencio que parecía un asue­to, una frescura, que traía como ráfagas de limpieza... hasta reli­gioso sería ese silencio. Rompiólo el curita con su voz gangosa; contestóle la muchedumbre, y, acabada la prez, reanudóse aqué­llo. Pero por un instante solamen­te, porque de pronto sintióse el pánico, y la palabra: «¡Encie­rro !« vibró en el aire como pre­ludio dé juicio final. Encierro era en toda regla. Los veinte soldados del piquete, que inopinada y re­pentinamente acababan de inva­dir el pueblo, habíanse repartido por las cuatro esquinas de la pla­za, a bayoneta calada. Fué como un ciclón. Desencajados, trému­los, abandonándolo todo, se dis­pararon los hombres y hasta hem­bras también, a los zaguanes y a la iglesia. ¡ Pobre gente 1 todo en vano, porque, como la amada de Lulio, «ni en la casa de Dios es­tá segura».

De allí sacaron unas decenas. Cayó entre los cazados el Carate­jo Longas. Lo que no lloró su mu­jer, la señá Rufa, llorólo a moco tendido María Eduvigis, su hija. Fuése ésta con súplicas al alcal­de. A buen puerto arrimaba: ca­balmente que al Caratejo no había riesgo de largarlo. ¡ Figúrense! El mayordomo de Perucho Arci­la, el rojo más recalcitrante y más urdemales en cien leguas a la re­donda:, ¡un picaro, un bandido!

Antes no era tanto para todo lo rojo que era el tal Arcila.

Ya desahuciado y en el cuartel, llamó el Caratejo a conferencia a su mujer y a su hija, y habló así: «A lo hecho, pecho. Corazón con Dios, y peganos del manto de Ma­ría Santísima. A yo, lo que ea má­tame, no me matan. Allá verán que ni an mal me va. Ello más bien es maluco dejalas como dos ánimas; pero ai les dejo maíz pa mucho tiempo. Pa desgusanar el ganao del patrón, y pa mantener esas mangas bien limpias, vuste- des lo saben hacer mejor que yo. Sigan con el balance de la güer- ta y de los quesitos, y métanle a estas placeñas y a las amasado­ras los güevos hasta las cachas, y allá verán cómo enredamos la pi­ta. Mirá, Rufa: si aquellos mu­chachos acaban de pagar la con­dena antes que yo güelva, no los almitás en la casa, de manteni­dos. Que se larguen a trabajar, o a jalale a la vigüela y a las déci­mas si les da la gana. ¡ Y no s’in- fusquen por eso!... ultimadamen- te, el Gobierno siempre pagas.

Y su voz selvática, encadenada en gruñidos, con inflexiones y fi­nales dejativos, ese acento carac­terístico de los campesinos de nuestra región oriental, los acom­pañaba el orador con mil visajes y mímicas de convencimiento, y un aire de socarronería y unos manoteos y paradas de dedo de una elocuencia verdaderamente salvaje. Ayudábale el carate. Por aquella cara larga, y por cuanto mostraba de aquel cuerpo langa­ruto y cartilaginoso, lucía el jas­pe. con vetas de carey, con pla­cas esmeriladas y nacarinas. Pin­toresco forro el de aquella ar­mazón. . A

Ensartando y ensartando. din. gióse al fin a la hija, y, con un I tono y un gesto allá, que ence. I rraban un embuchado de cosas le dice, dándole una paimadita en I el hombro: «Y vos. no te meté de filática con el patrón: ¡ es muy abierto!»

¡Culebra brava la tal EduvigúiH Sazonado por el sol y el viento de la montaña era aquel cuerpo, en i que no intervinieron ni artificio ni I deformación civilizadores; obra I premiada de naturaleza. Las es deras. el busto bien alto, la pro clamaban futura madre de la tita, nería labor adora. El cabello, no . gro, de un negro profundo, se le I alborotaba, indomable como una! pasión; y en esos oios había anas I promesas, unos rechazos y un misterio, que hicieron empalide­cer a más de un rostro masculi­no. Un foche habría picado aque-1 Uos labios como pulpa de guaya­ba madura; de perro faldero eras os dientes, por entre los cuales asomaba tal cual vez, como parí lamer tanto almíbar, una puntita roja y nerviosa. Por este asomo lingüístico de ingénito coqueta mo, la regañaba el cura a cada I confesión, pero no le valía. Así X I todo, mostrábase tan brava y re­trechera. que un cierto galancete hubo de llevarse, en alguna me­morable ocasión, un sopapo que ni un trancazo; fuera de que el [ Caratejo la celaba a su modo. El tenía su idea. Tanto que. apenas separado de la muchacha se dijo, hablado y todo y con parado á 1 dedo: «Verán cómo el patrón le quebranta agora los agallones.»

Y pocos días después partió a Caratejo para la guerra.

**Rufa, que se entregó en por\* tiempo y por completo al vicio\***

tando j-.

^ con i, que en?

llmaditaf, 0 te meti l • ¡ £8 HUij

Eduvigjj 1 viento i :uerpo, ^ artificio n res; o^ L Las ci o, la pJ de la tiu bello, ne ndo, se le como una iabía unas sos y un empalide- • mascull­ado aque­je guaya- dero eran

L separación, cuando los dos hi­jos partieron a presidio, bien po- jr¡a ahora arrostrar esta otra au- sencia, por más que pareciera co­ja de viudez. ¡ Y tanto como pu­jo 1 Ni las más leves nostalgias conyugales, ni asomos de temor por la vida del marido, ni quebra­deros de cabeza por que volara el tiempo y le tornase el bien au­sente, ni nada, vino a interrumpir aquel viento de cristiana filosófica indolencia. A vela henchida, ga­llarda y serenísima, surcaba y surcaba por esos mares de leche. Y eso que en la casa ocurrió al­go, y aun algos, por aquellos días, pero no: sus altas atribuciones de vaquera labradora y mayordoma de finca, en que dió rumbo a sus actividades y empleo a la poten­cia judaica que hervía en su ca­rácter, no le daban tiempo ni lu­gar para embelecos y enredos de otro orden. ¡ Lo que es tener ofi­cio!...

os cuales orno para a puntita te asomo coquetis- a a cada lía. Así y ava y £' galancete juna me- >apo q^ e que e modo. P ¡, apenas i se ap­arado F oaUÓn lo unes.» . partió F

en íi vicio\*

Hembra de canela e inventora de dineros era la tal Rufa Chave- rra. Arcila declarólo luego espe­jo de administradoras. Ella se iba por esas mangas, y, a güinchazo limpio, extirpaba cuanta malecilla o yerbajo intruso asomase la ca­beza. Con sapientísima oportuni­dad salaba y ponía el fierro a aquel ganado, cuyo idioma pare­cía conocer, y a quien hacía los más expresivos reclamos, bien fue­se colectiva o individualmente, ya con bramido bronco igual que una vaca, si era a res mayor, ahora melindroso, si se trataba de par- vulillos; y siempre con el nombre de pila, sin que la «Chapola» se le confundiese con la «Cachipan- da», ni el «Careperro» con el I «Mancoreto». Hasta medio albéi- tara resultaba, en ocasiones. Ma­

no de ángel poseía para desgusa- nar, hacer los untos y sobaduras, y gran experiencia y fortuna en aplicar menjurjes por dentro y por fuera. La vaca más descastada y botacrías no se la jugaba a Rufa; que ella, juzgando por el volumen y otras apariencias, de la proxi­midad del asunto, ponía a la tai­mada, en el corral, por la noche ; y, si alguna vez se necesitaba un poco de obstetricia, allí estaba ella para el caso. En punto a echar argollas a los cerdos más bravios, y de hacer de un terne­ro algo menos ofensivo, allá se las habría con cualquier itagüise- ño del oficio. Iniciada estaba en los misterios del harem, y cuando al rebuzno del pachá respondían eróticos relinchos, ella sabía si eran del caso o no eran idilios a puerta cerrada, y cuál la odalis­ca que debía ir al tálamo. Porque sí o porque no, nunca dejaba de apostrofar al progenitor aquél con algo así: «¡Ah taita, como no tenes más oficio que jartar, siem­pre estás dispuesto pa la vaga­mundería !»

Si tan facultativa y habilidosa era para manejar lo ajeno, cuán­to y más no sería para lo propio. Ni se diga de los gajes con la le­che que le correspondía, ni de los productos del gallinero, ni de esa huerta donde los mafafales alter­naban con la hachira, los repollos con las pepineras, las Vitorias con las auyamas.

Pues resultó que todo estuvo a pique de perderse. Del huracán que ahora corre, llegaron ráfagas hasta la montañesa. Supo que unas amigas y comadres mazamo- rreaban orillas de La Cristalina, riachuelo que corre obra de dos millas de la casa de Arcila. Lo

mismo fue saber que embelecar­se. So pretexto de buscar un cer­do que diz que se le había remon­tado, fuese a las lavadoras de oro, y con la labia y el disimulo del mundo, les sonsacó todas las ma­ñas y particularidades del oficio. Ese mismo día se hizo a batea, y vierais a la rolliza campesina, con las sayas anudadas a guisa de bragas, zambullida hasta el muslo, garridamente repechada, haciéndole bailar a la batea la danza del oro con la siniestra ma­no, mientras que con la diestra iba chorreando el agua sobre la fina arena, donde asomaban los ruedos oscuros de la jagua. Al do­mingo siguiente cambió el oro, y cuál se le ensancharía el cuajo cuando tuvo amarrados, a pico de pañuelo, treinta y seis reales de un boleo.

Dada a la minería pasara su vi­da entera, a no ser por un cólico que la retuvo en cama varios días, y que le repitió más violento al volver al oficio. Mas no cedió en su propósito; mandó entonces a la Eduvigis, a quien le sentaron muy bien las aguas de La Crista­lina. Mientras la hija pasaba de sol a sol en la mazamorrería, la madre cargaba con todo el brete de la finca. ¡Y tan campantes y | satisfechas 1...

Más rastro deja en un espejo la imagen reflejada, que en el áni­mo de Rufa las noticias sobre la guerra, que oía en el pueblo los domingos y los dos días de se­mana en que iba a sus ventas. Lo que fue del Caratejo, no llegó a preocuparse hasta el grado de in­dagar por el lugar de su paradero. Bien confirmaba esta esposa que las ternuras y blandicies de alma son necesidades de los blancos de I

la ciudad, y un lujo superfluo para el pobre campesino.

Envueltos en la niebla, arrebu. jados y borrosos, mostrábanse riscos y praderas; la casa de | finca semejaba un esbozo de paj. saje a dos tintas; a trechos se percibían los vallados y chambas de la huerta, las aristas del techo, el alto andamio del gallinero; sólo alcanzaban a destacarse con al­guna precisión los cuernos del ga- nado, rígidos y oscuros, rompien­do esas vaguedades, cual la no­ción del diablo la bruma de una mente infantil. A la quejumbrosa melodía de los recentales, aco­rralados y ateridos, contestaban desde afuera los bajos profundos y cariñosos de las madres, mien­tras que Rufa y Eduvigis renega­ban, si Dios tenía qué, en las bre­gas y afanes del ordeño. Eduvigis, en cuclillas, remangada hasta las axilas, cubierta la cabeza con enorme pañuelo de pintajos, ha­cía saltar de una ubre al cuenco , amarillento de la cuyabra, el cho- i rro humeante y cadencioso. Un hálito de vida, de salud, se exha­laba de aquel fondo espumoso. Casi colmaba la vasija, cuando un grito agudo, prolongado adre­de, rasgó la densidad de esa at­mósfera. La moza se suspende; ¡ el grito se repite más agudo to­davía. «¡Mi taita!», exclama la Eduvigis, y sin pensar en leches ni en ordeños, corre alebrestada I chamba abajo.

No se engañaba. Buen Amigo, que sí lo era en efecto, descolgó­se a saltos, lengua afuera, la cola en alboroto. Impasible, la sena Rufa permaneció en su puesto- A poco llegóse el Caratejo con 0 perro, que quería encaramará a los hombros. Marido y mujer\*

avistaron. Nada de culto externo ni de perrerías en aquel saludo, j pijérase que acababan de sepa­rarse. , ¿

-— Y, ¿qué es lo que hay pal viejo?—dice Longas por toda efu­sión.

Y Rufa, plantificada, totuma en mano, con soberano desentendi­miento, contesta :

—Y eso, ¿qué contiene, pues?

—Pues que anoche llegamos al sitio, y que el fefe me dio licencia pa venir a velas, porque mañana go esta tarde seguimos pa la Villa.

Facha peregrina la de este hijo de Marte. El sombrero hiperbóli­co de caña abigarrada, el vestido mugriento de coleta, los golpes rojos y desteñidos del cuello y de los puños, los pantalones holga­dos y caídos por las posas y que más parecían de seminarista, dig­nos eran de cubrir aquel cuerpo largo y desgavilado. Ni las esca­seces, ni las intemperies, ni las fatigas de campaña, habían alte­rado en lo mínimo al mayordomo de Arcila. Tan feo volvía y tan caratejo como se fué. Por morral llevaba una jiquera algo más qué preñada ; por faja una chuspa ocul­ta, y no vacía.

Rufa sigue ordeñando. Toma Longas la palabra.

—Pues, pa que lo viás. Ya lo ves que nada me sucedió. Los que no murieron de bala, se tem­plaron de tanta plaga y de tanta mortecina de cristiano, y yo... ai con mi carate : ¡ la cáscara guar­da el palo !

Y aquí siguió un relato bélico autobiográfico, con algo más de largas que de cortas, como es Usanzas en tales casos. Rufa pare­cía un tanto cohibida y preocu­pada.

—¿Y ontá la Eduvigis?—dice de pronto el marido, cortando la na­rración.

—Pes ella... pes ella... puai co­gió chamba abajo, izque porque la vas a matar.

—¿A matala? ¿Y por qué gra­cia?

—¿Pes... ella... no salió, pues, con un embeleco de muchacho?...

—¿De muchacho? — prorrumpe el conscripto, abriendo tamaños ojos, ojos donde pareció asomar un fulgor de triunfo—. ¿Conque, muchacho? ¿Y pu’eso s’esconde esa pendeja? ¿Y ontá el mucha­cho?

—¿Ai no’stá, pues, en la maca?

—Andá llámame a esa boba.

Y, tirando corredor adentro, se coló al cuartucho. Debajo de la cama, pendiente de unos rejos, oscilaba la batea. Envuelto en pin­gajos de colores verdosos y alte­rados, dormía el angelito. No pu­do resistir el abuelo a la fuerza de la sangre, ni menos al empuje de un orgullo repentino que le bor­botó en las entrañas. Sacó de la batea la criatura, que al desper­tar y ver aquella cara tan fea y tan extraña, puso el grito en el cielo. Era José Dolores Longas un rollete de manteca, mofletudo y cariacontecido ; las manos, unas manoplas ; las muñecas, como es­tranguladas con cuerda, a modo de morcilla; las piernas, tronchas y exuberantes, más huevos de arracacha que carne humana : una figura eclesiástica, casi episcopal. Iba a quebrarse con los berridos que lanzaba: ¡ cuidado si había pulmones ! El soldado lo cogió en los brazos, haciéndole zarándeos, por vía de arrullo. Abrazaba su fortuna: en aquel vástago veía el Caratejo horizontes azules y rosa-

dos, de dicha y prosperidad: el predio cercano, su sueño dorado, era suyo; suyas unas decenas de vacas; suyo el par de muletos y los aparejos de la arriería: y ¿ quién sabe si la casa, esa casa tan am­plia y espaciosa, no sería suya pa­sado corto tiempo ? ¡ El patrón era tan abierto !... Calmóse un tanto el monigote. Escrutólo el Caratejo de una ojeada, y se dijo : «¡ Igua- lito al taita!»

Entre tanto, Rufa gritaba desde la manga : «¡ Que vengás a tu taita ■ que no está nada bravo I ¡ Que no sias caraja! ¡ Subí, Duvigis, que siempre lo habís de ver!»

La muchacha, más muerta que । viva, a pesar de la promesa, su­bía por la chamba, minutos des­pués. Pálida por el susto, pare­cía más hermosa y escultural. Le­vantó la mirada hacia la casa, y vio a su padre en el corredor, con el niño en brazos. A paso receloso llégase a él; arrodíllase a las plan­tas y murmura:

—¡ Sacramento del altar, taita !

Y con la diestra carateja, le ra­yó la bendición el padre, no sin sus miajas de unción y de solemni­dad. Mandóla luego la madre a la cocina a preparar el agasajo para el viajero, y Rufa, que ya en ese momento había terminado sus fae- ¡ ñas perentorias, tomó al nieto en su regazo, y se preparó al interro­gatorio que se le venía encima.

—Bueno—principia el marido—, y el patrón siempre le habrá dejao a la muchacha... por lo menos sus tres vacas, y le habrá dao mucha plata pa los gastos?

—¡ Eh !—replica Rufa—. ¿Usté por qué ha determinao que fue don Perucho?

—¿Que no fué el patrón?—salta el Caratejo desfigurándose.

—¡ Si fué Simplicio, el hijo de la dijunta Jerónima!...

—¡ Ese tuntuniento !...—vocifera el deshonrado padre—. ¡ Un muer- todihambre que no tiene un Cris­to en qué morir!... Y vos, so al­mártaga, ¿pa qué consentites esos enredos?

La cara se le desencajó; le tem­blaban los labios como si tuviera tercianas. «Yo mato a esa arrastra­da, a esa sinvergüenza». Y, aton­tado y frenético, se lanza a la coci­na, agarra una astilla de leña, y a cada golpe escupe sobre la hija un insulto, una desvergüenza, una bajeza. Cuando la infeliz yacía por tierra, convulsa y sollozante, arri­móle Longas formidable puntapié, y exclamó tartajoso: «¡Te largás... ahora mismo... con tu muchacho... que yo no voy a mantener aquí vagamundas !»

Y salió disparado, camino del pueblo, como huyendo de su pro­pia deshonra.